

La Deshonra de la Causa Aliada

La referencia a la "Deshonra de nuestra causa" fue escrita por Winston Churchill en el quinto volumen de sus memorias, bajo el título de "La Gran Alianza". Para comprender el pensamiento de Churchill debemos retroceder algo en la memoria.

Cuando en el año 1946 un Tribunal Internacional juzgó y condenó en Nuremberg a 22 de los principales personajes de la Alemania nazi por crímenes de guerra, los representantes de la Unión Soviética fueron quienes más vehemencia utilizaron para presentar sus acusaciones. La diosa de la justicia en cambio hubiese debido ese día levantar su ciega espada contra aquellos acusadores, tan culpables de horrendos crímenes contra la humanidad como los nazis que ellos acusaban. La historia, que no es ciega, sí lo anotó y repetirá para las generaciones futuras que fue un acuerdo entre Hitler y Stalin el que hizo posible el doble genocidio. Según Stalin, ese acuerdo fue "sellado con sangre" y en realidad así fue si medimos su resultado en términos de víctimas que el acuerdo ocasionó.

La guerra que empezó cuando Hitler se sintió capaz de iniciarla gracias a su acuerdo con Stalin, llevó a la crueldad del siglo XX a su punto culminante. Los campos de concentración nazis mataron sistemáticamente a 5.8 millones de judíos. Gitanos, opositores políticos, enfermos de diversos padecimientos mentales, así como todo ser humano considerado "indeseable", fueron asesinados sin piedad por los nazis. Se calcula que la Segunda Guerra Mundial costó 60 millones de vidas. La URSS, por su parte, se llevó otros 60 millones en exterminio desde la revolución bolchevique. Stalin tomó ventaja del acuerdo celebrado con su "compañero de crímenes" nazi, y una vez obtenidas todas las ventajas, se esmeró en engañar a

sus nuevos aliados occidentales.

Cuando Hitler rompió el pacto germanosoviético y atacó a la URSS, Stalin cambió bruscamente sus declaraciones y explicó al mundo que su única meta era ofrecerles a todos los pueblos la libertad y el derecho a la autodeterminación. Stalin hizo muchas promesas verbales, pero jamás las cumplió y no cambió nunca el rumbo sangriento de su política. En cada lugar donde penetraba el Ejército Rojo se instauraba un régimen de genocidio, cárcel, tortura y deportaciones.

Veamos por lo tanto la secuencia histórica de los sórdidos secretos de dos grandes iniciadores de la Segunda Guerra Mundial: Hitler y Stalin.

Empecemos con la fecha del 3 de mayo de 1939, cuando el Comisario para Asuntos Exteriores, un judío llamado Maxim Litvinov, fue removido para reemplazarlo por un hombre de confianza de Stalin, que no era judío sino ruso.

Ese nuevo ministro se llamaba Vyacheslav Mikhailovich Molotov, quien, por no ser judío, era un interlocutor más aceptable para convencer a los alemanes nazis.

En ningún momento durante las conversaciones secretas que se iniciaron entonces entre la URSS y Hitler, Moscú dejó entrever a Francia e Inglaterra que no les era favorable. La tradición soviética de la duplicidad seguía de pie. Las delegaciones francobritánicas estuvieron tan convencidas de la buena voluntad de Stalin en conversar con ellas, que en ese mismo momento Francia, intentó persuadir a Polonia de dejarse invadir y "proteger" por la Unión Soviética.

En la noche del 23 al 24 de agosto, Molotov por la Unión Soviética y Joachim von Ribbentrop por Alemania nazi firmaron un Pacto de No Agresión. Este venía acompañado de un

protocolo secreto que repartía Europa Oriental en dos zonas de influencia y dejaba a Hitler libre de atacar Polonia. El protocolo estipulaba que si se hacían efectivas las invasiones de Finlandia, Estonia, Letonia y Lituania, la frontera ruso-alemana sería trazada en el norte de Lituania y dividía Polonia en dos a lo largo de los ríos Narevyistula y San. Incluiría igualmente la división de Rumania con la atribución del territorio de Besarabia a la URSS.

Este protocolo fue mantenido en secreto, pero el Pacto de No Agresión fue anunciado y dejó al resto de Europa estupefacta. Hitler pensó que podría atacar Polonia sin que Inglaterra interviniese. El primero de septiembre de 1939 Hitler dio orden a su ejército de atacar Polonia. El 3 de septiembre, Gran Bretaña y Francia declararon la guerra a Alemania. Stalin empezó por faltar a sus promesas y esperó para atacar a su vez Polonia desde el este e iniciar las hostilidades contra Finlandia en la región nórdica de Karelia. Luego lanzó tropas de ocupación hacia Estonia, Letonia y Lituania en la costa del Báltico, se apoderó de Besarabia y parte de Bucovina en Rumania, de una parte de Prusia Oriental de la franja oriental de Checoslovaquia, etc. En total los soviéticos invadieron un área de 687.879 kilómetros y subyugaron a 30 millones de habitantes de aquellas regiones. Esta fue la ganancia que obtuvo Stalin por ayudar a Hitler con petróleo y materias primas durante los primeros años de la Segunda Guerra.

Bruscamente, en junio de 1941, Hitler, cegado por sus increíbles éxitos bélicos, mandó a tres millones de sus tropas a través de los Estados Bálticos a Leningrado y Moscú, Ucrania y el Cáucaso. Los aliados empezaron a ayudar a Stalin a luchar contra Hitler. Los soviéticos sacrificaron 18 millones de

sus soldados, pero esto les permitió anexarse a los Estados Bálticos, parte de Finlandia y tomar control de Alemania Oriental, Bulgaria, Checoslovaquia, Hungría, parte de Mongolia, Polonia y Rumania.

Durante las conferencias que celebraron los aliados en Yalta, Teherán y Potsdam, Stalin fue más habiloso que los occidentales quienes no lograron convergerlo de que cambiase su política de ocupación y persecuciones. Los países Bálticos fueron incorporados a la URSS como tres nuevas Repúblicas Soviéticas y esta ocupación sigue en pie hasta el día de hoy.

Es en referencia a los Países Bálticos que Churchill escribía más tarde en sus memorias: "Hitler utilizó estos países antes de 1939 como un pago en sus discusiones con los soviéticos. En estos países los rudos-comunistas procedieron a una severa purga. Todas las personalidades y elementos resaltantes fueron liquidados de algún modo u otro. Esto empujó la vida de estos elementos hacia la clandestinidad. Finalmente la victoria soviética les dio otra vez control de esos países de tal manera que el peine mortal iba atrás y adelante, una y otra vez, a través de Estonia, Letonia y Lituania. Sin embargo, no hubo en ningún momento la menor duda acerca de dónde estaba el derecho. Los Países Bálticos deberían ser naciones soberanas e independientes"... "Nosotros jamás reconocimos las fronteras que Rusia creó de pacto en 1941. Estas fueron hechas por medio de actos de violencia a través del vergonzoso acuerdo con Hitler"... "La transferencia de las naciones de los Países Bálticos a la Unión Soviética, hecha en contra de la voluntad de esas naciones sería un acto contrario a todos los principios por los que luchamos en esta guerra y traería la deshonra de nuestra causa".

Por Vytautas A. Dambrava